

Y

2733

1894

*Manuscript*  
BIBLIOTECA DE  
CARLOS ARTES D.  
*uras*

BIBLIOTECA DE  
CARLOS ARTES D.

Propiedad de  
Carlos Artes D.

UNIVERSIDAD  
EAFIT®

Sala de Patrimonio Documental

RECIBO  
DE ENTREGA  
DE DOCUMENTOS

620 00  
Galería Dramática Escogida

---

# CHIFLADURAS

REPARTO  
JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ACTO I  
ESCRITO

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA EN FRANCÉS

UNIVERSIDAD  
POR

VITAL AZA

Estrenado en el TEATRO LARA el 27 de Noviembre  
de 1894.

Sala de Pat. Documental  
TERCERA EDICION.

MEXICO

EUSEBIO SANCHEZ, EDITOR  
CALLE DEL AGUILA NÚM 12.

1894

“LEA” NEGOTIOS 47-34 TEL. 31 11 24

CHITLADURAS

REPARTO

PERSONAJES

ESCRITO

ACTORES

CAROLINA. . . . .	SRA.	PINO.
JUANA, . . . . .	Srita.	LASHERAS (R.)
DON FRANCISCO. . . . .	Sr.	ROMEA,
BERNARDO. . . . .	"	LARRA.

La acción en Madrid.—Epoca actual.



Queda asegurada la propiedad de la obra por el editor, conforme a la ley.

MEXICO

EDITOR SANCHEZ

CALLE DEL AGUA N. 12

1894

2733  
1894

## ACTO UNICO

Gabinete elegante. Puerta al foro y laterales; ventana con persiana y tiestos en segundo término izquierda del actor. Chimenea al foro derecha con reloj y candelabros y dos caballetes con retratos: uno de señora y otro de caballero. Al foro izquierda piano. A la derecha de éste un mesquero con papeles de música; encima del piano dos jarrones elegantes. A la derecha, entre las dos puertas, un "bureau" de forma elegante; sobre el "bureau," y colgado de la pared, un espejo caprichoso. En el primer término izquierda un velador ó mesita, y á su derecha una butaca; en primer término derecha un costurero, y á su lado una silla dorada de las llamadas de rinconera, ó una butaquita. Tres sillas volantes: una junto al "bureau," otra á la derecha de la chimenea y otra al lado del velador; entre la ventana y la puerta lateral izquierda un "étagère" con varias figuritas de porcelana, lo mismo que encima del piano y sobre el "bureau;" en el marco de la ventana y á altura conveniente una jaula con un canario. Sillas de tapicería, cortinajes, alfombra, etc.

### ESCENA PRIMERA

CAROLINA en traje de viaje y JUANA.

CAR. (Mirando el saco de mano que tendrá abierto sobre el velador.) Los polvos de arroz..... el llavero..... los peines.... ¿Y las horquillas? ¿Dónde has puesto el paquete de horquillas? (1)

JUANA. Ahí debe de estar, señorita.

(1) Derecha del actor: Carolina, Juana.

CAR. Aquí debía estar; pero no está. ¡Ah! Sí... no lo había visto. Bueno. Me parece que no me falta nada.

JUANA. No se le vaya á olvidar á usted el dinero.

CAR. No; descuida. Ya lo tengo en el bolsillo. Con que ya lo sabes: en cuanto yo salga para la estación te vas á casa de tu hermana, y el domingo por la tarde bajas á esperarme.

JUANA. Está muy bien, señorita. (1)

CAR. No me parece regular dejarte sola en casa.

JUANA. Como usted guste, señorita.

CAR. Si ves que el domingo no llego en el tren, no te alarmes. Será que mi tía no me deja venir. La pobre hace dos meses que no cesa de suplicarme que vaya al Escorial á pasar unos días á su lado.

JUANA. Por mí puede estar la señorita en el Escorial todos los días que se le antojen.

CAR. Ya lo sé. ¡Pues no faltaba más sino que tú me lo prohibieras!

JUANA. No digo eso, señorita.

CAR. (*Acercándose á la jaula del canario y haciéndole caricias.*) ¡Pobrecito mío! ¡Qué solo vas á estar estos días! ¡Monín!... ¡Rico!... Mira, mujer, si parece que se pone triste porque me marchó. ¿Dónde están los bizcochos?

JUANA. Ahí los tiene usted. (*En la parte baja del «tagère» donde habrá además una cajita que se supone con alpiste.*)

CAR. Toma, hijo mío, toma un bizcochito. Todos, todos son para tí.—Oye, Juana: ¿Le has dicho al portero que subiera á enterarse de lo que ha de hacer?

JUANA. Sí, señorita; se lo dije esta mañana al subir los buñuelos.

CAR. Pues, ¿en qué piensa ese animal que no viene?

JUANA. Iré á llamarle. (*Medio mutis.*)

CAR. ¡Deja! A ver si está en el patio. (*Asomándose á la ventana y separando la persiana con la mano.*) Sí;

(1) Juana, Carolina.

allí está tumbado al sol y durmiendo como un bendito. ¡Bernardo!..... ¡Bernardoo!..... ¡Que si quieres! Estaba por tirarle un tiesto..... ¡Bernardoo!..... ¡Gracias á Dios! ¡Sí, hombre, sí!—Ya se lo ha dicho á usted la muchacha.—¿Eh?—¡Pues claro!—Ahora, si señor, ahora! (*Retirándose de la ventana*). ¡Portero más cachazudo no lo he visto en los días de mi vida! Ya te lo dije cuando nos mudamos: «el cuarto me gusta y el mobiliario me lo ceden en buenas condiciones; pero el portero se me figura que ha de ser una calamidad.» No me he equivocado. ¡Qué diferente de Matías, el de la calle del Olivar! Este tiene una amabilidad que me ataca los nervios. Todas las mañanas, cuando bajo la escalera, me sale al encuentro y me pregunta que cómo he pasado la noche. Figúrate tú..... ¿qué le importará á él saber si yo paso las noches bien ó mal? Y si fuera eso sólo..... Pero como una le dé cuerda, ya tiene conversación para rato. No cesa de hablar de sus desdichas y de la soledad en que le dejó la difunta, como él la llama. No puedo, vamos, no puedo con ciertas gentes. (*Suena la campanilla.*) Lllaman. Debe de ser ese posma. Dile que pase. (*Vase Juana por el foro derecha.*) Por fortuna, honrado sí creo que lo es. Lo cierto es que en Madrid estamos completamente á merced de los porteros.

## ESCENA II.

CAROLINA, BERNARDO y JUANA.

BERN. Santos y buenos días tenga usted, señorita.

CAR. (*Con sequedad.*) Felices.

BERN. ¿Cómo ha pasado usted la noche?

CAR. (*Con sorna.*) Bien, ¿y usted?

BERN. Yo, mal, señorita. Desde que me falta la difunta yo no sé lo que es pasar una noche tranquila. Usted no ha conocido á mi Lorenza y por eso no puede comprender..... (*Juana ayuda á Carolina á ponerse el abrigo y el sombrero.*)

CAR. Como si lo comprendiera. No se moleste usted en explicármelo porque estoy muy de prisa. (1)

BERN. Usted perdone, señorita; pero cuando un hombre vive treinta y siete años con una mujer y no tiene más cariño que el de esa mujer, y luego se lleva Dios á esa mujer.... (*Lloriqueando*).

CAR. ¡Pero, Bernardo!

BERN. Usted perdone, señorita, usted perdone.

CAR. Perdonado, hombre, perdonado.

BERN. Muchas gracias. (*Enjugándose las lágrimas.*)

CAR. (*A Juana.*) ¡Vete á buscar un coche de punto, mujer! (*Vase Juana por el foro.*) Le he llamado á usted para decirle que me marcho ahora mismo. Voy á pasar unos días con mi tía en el Escorial.

BERN. ¡El Escorial!..... (*Lloriqueando.*) ¡Qué recuerdos, Dios mío!

CAR. ¿Qué? ¿También le recuerda á usted algo triste el Escorial? (*En tono burlón.*)

BERN. Sí, señora. ¿No ve usted que mi difunta se llamaba Lorenza?

CAR. Bueno, bueno. Pues, mire usted: como mi ausencia ha de durar unos cuatro ó cinco días y la muchacha se irá á casa de su hermana, quiero que usted se enargue.....

BERN. Descuide usted, señorita. La inquilina anterior que, como usted sabe, era una cómica del teatro, siempre que salía de casa nos dejaba las llaves. (*Transición.*) Por cierto que mi pobrecita mujer era la que..... (*Gimoteando.*)

CAR. Hijo, se pone usted inaguantable. (2)

BERN. Tiene usted razón. Ahogaré la pena.

CAR. Sí, hombre, ahóguela usted. Lo que desco es que ventile usted el cuarto todas las mañanas y que cuide usted muchísimo de mi pájaro y de mis flores. No deje usted de regar los tiestos todos los días..... y aquí tiene usted alpiste y bizcochos para el canario.

(1) *Juana, Carolina, Bernardo.*

(2) *Bernardo, Carolina.*

- BERN. Está perfectamente.
- CAR. Si viniera alguna visita le dice usted lo que pasa.
- BERN. ¿Y qué es lo que pasa?
- CAR. Pues hombre, que me he ido con mi tía al Escorial. (Jesús qué calamidad). (1)
- BERN. Está muy bien, señorita. Estos son los bizcochos ¿verdad? [*Cogiendo el papel con los bizcochos.*]
- CAR. Naturalmente. [*Arreglándose al espejo.*] No le ponga usted nunca más que medio, porque podría pillar una indigestión el pobrecito.
- BERN. Así lo haré. Vaya usted confiada. (*Se queda al lado de la ventana y de espaldas á la escena.*)
- JUANA. (*Por el foro.*) Abajo tiene usted el coche, señorita.
- CAR. Pues, andando.
- JUANA. Bajaré con usted.
- CAR. No, deja. Dame el saquito. ¿Dónde he puesto el llavero? ¡Ah! Aquí está. [*En el bolsillo.*] ¡Adiós, retemonísimo! (*Desde cerca de la puerta del foro y dirigiéndose al canario.*)
- BERN. [*Volviéndose y con risa cómica.*] ¡Qué gana de broma tiene usted, señorita!
- CAR. ¡Yo!
- BERN. Mire usted que llamarme retemonísimo!.....
- CAR. No sea usted majadero. Me dirigía al canario.
- BERN. ¡Ah! [*Mirando á la jaula.*] Usted dispense.
- CAR. Con que hasta la vuelta.
- JUANA. Adiós, señorita; hasta el domingo. (*En la puerta del foro.*)
- BERN. Vaya usted con Dios, señorita Carolina; muchas memorias á su señora tía.
- CAR. ¡Cómo! (*En la misma puerta del foro.*) ¿Usted conoce á mi tía?
- BERN. No, señora; pero los porteros tenemos que estar bien educados. Es una de las cosas en que más se fijaba la pobre difunta.
- CAR. ¡Vaya; abur! [*¡Es iusufrible!*] [*Vase por el foro derecha.*]

(1) Carolina, Bernardo.

JUANA. Que lleve usted feliz viaje, señorita.

BERN. Que no tenga usted novedad. (*En el foro.*) Sí, señora; sí. Ya sé que la llave queda colgada. Usted lo pase bien. [*Bajando desde el foro.*]

### ESCENA III.

BERNARDO y JUANA.

BERN. Es muy buena esta señorita.

JUANA. Sí que lo es. (1)

BERN. Y muy decente.

JUANA. ¡Ya lo creo!

BERN. No se parece á la otra. (*Comienza á hacer reposadamente un cigarro de papel.*)

JUANA. ¿A cuál?

BERN. A la que ocupaba este cuarto, á la cómica, á doña Tula. La Tulita, como la llamaban los papeles. Aquella era el mismo demonio.

JUANA. ¿Sí, eh?

BERN. Cantar, cantaba que era una bendición de Dios; pero siempre andaba en líos con la justicia. Como que tuvo que deshacerse de todos estos muebles antes de que se los llevara la curia.

JUANA. ¿Y quien era la curia? ¿Otra cómica?

BERN. (*Al soltársele la risa sopla sin querer el tabaco que tiene en la palma de la mano izquierda.*) No, mujer; el juez y los escribanos.

JUANA. ¡Ah, ya!

BERN. Pero, por lo demás, la señorita Tula era muy buena; sí, señor; y muy generosa. Nunca le hacíamos un recado sin que nos diera una buena propina..... Como la pobrecita vivía aquí sola..... es decir, casi nunca estaba sola..... (*Maliciosamente.*)

JUANA. ¿No, eh? (*Con curiosidad.*)

BERN. ¡Quiá! En los ocho años que ocupó este cuarto le conocí lo menos treinta novios.

JUANA. Eche usted, hijo.

(1) Bernardo, Juana.

BERN. Lo que es para eso era atroz. ¡Y cómo los engañaba! Tuvo uno,—de los primeros,—un tal don Paco, que se marchó á Filipinas..... ¡Los miles de reales que le sacó á aquel buen señor! Como que todavía desde allá le mandaba dinero en casi todos los correos.

JUANA. A mi señorita también le mandan dinero de Filipinas.

BERN. ¿Sí, eh?

JUANA. Pero es un tío suyo. No vaya usted á creer otra cosa.

BERN. Basta que usted lo diga; pero á veces se lleva uno cada chasco..... ¿Conoce usted á la inquilina del principal de la derecha?

JUANA. ¿Cuál? ¿Esa señora gorda que tiene el pelo tan rubio?

BERN. No es rubio, es que se lo pinta para que no se le vean las canas. Me lo ha dicho la cocinera. Pues bien; la tal señora decía que era viuda de un magistrado y estaba viviendo con un sobrino, y el otro día llegó el marido, que no es tal magistrado, y el sobrinito tuvo que escapar por la ventana de la cocina, porque no era tal sobrino ni Cristo que lo valga.

JUANA. Pues, hijo, diga usted que en esa señora todo es mentira.

BERN. Todo; hasta el pelo. Si hay cada viuda en este Madrid.....

JUANA. Sí que habrá. (1)

BERN. La señorita Carolina es viuda, según parece.

JUANA. ¡Toma! Lo parece porque lo es.

BERN. Bien; pero ¿es viuda de verdad?

JUANA. ¡Oiga usted!.....

BERN. Lo digo porque como ayer vino una señora preguntando si vivía aquí doña Carolina Aguirre, viuda de Pega.

JUANA. Naturalmente. Viuda de Pega; de don José Pega.

(1) Juana, Bernardo.

BERN. ¡Ah, ya!

JUANA. Este que está aquí. (*Señalando el retrato que habrá sobre la repisa de la chimenea.*) ¿Pobre señorito!

BERN. Usted dispense; pero está uno tan escamado... ¿Con que este era el marido de la señorita?

JUANA. Él mismo. Y que está muy bien.

BERN. ¿Hace mucho tiempo que se murió?

JUANA. Pues hace tres años.

BERN. ¿Sería joven?

JUANA. Una edad regular.

BERN. ¿Estuvieron poco tiempo casados?

JUANA. Año y medio.

BERN. ¿Se conocieron en Madrid?

JUANA. No; en Guadalajara. (*Impacientándose con tanta pregunta.*)

BERN. ¿No tuvieron familia?

JUANA. No, señor.

BERN. ¿Y él qué era?

JUANA. Abogado.

BERN. ¿Y de que murió?

JUANA. ¡De repente! ¡El demonio del hombre! ¡Pues no está usted poco preguntón!

BERN. No le choque á usted. Los porteros necesitamos saber la vida y milagros..... Mi pobrecita Lorenza, que esté en gloria, sabía hasta las piezas de ropa interior que tenían todos los inquilinos de la casa.

JUANA. Bueno; pues por hoy ya hemos hablado bastante. Voy á ponerme el mantón para salir. Ya sabe usted que me voy á casa de mi hermana.

BERN. Sí; ya me lo ha dicho la señorita.

JUANA. Hasta luego. (*Vase por la primera derecha.*)

BERN. Vaya usted tranquila, que se han de encontrar la casa lo mismo que una patena. (*Se dirige á la ventana.*) ¡Hola, avechucho!..... (*Al canario.*) No te abustes, hombre. Toma, toma medio bizcocho. (*Se come la otra mitad.*) Y que son muy ricos. (*Come otro.*) Y muy tiernos..... Ya lo creo. Están como la espuma. (*Se come otro y como si estuviera hablando con el canario.*) ¿Verdad que están como la espuma?

Después de todo, más vale que se me indigesten á mí que al canario.

VOZ. (*Arriba.*) ¡Portero!..... ¡Portero!.....

BERN. (*En la ventana y hablando hacia arriba.*) ¿Qué se ofrece?

VOZ. Haga usted el favor de subir.

BERN. Allá voy. ¿Qué hueso se le habrá roto á la bruja del sotabanco? (*A Juana, que sale de la primera derecha con el mantón al brazo.*) Voy á la buhardilla. Si sale usted, puede cerrar la puerta que yo me llevo la llave.

JUANA. Vaya usted con Dios. (*Vase Bernardo por el foro.*) ¡Cinco días libres! ¡Apenas me voy á divertir! ¡Ojalá que á la tía se le ocurra detener á mi señorita hasta fin de la otra semana! ¡Con qué gusto coge una estos días de descanso! (*Mirándose al espejo y poniéndose el mantón.*)

#### ESCENA IV.

JUANA y D. FRANCISCO en traje de viaje característico. Trae una maleta y una manta de viaje con diferentes bastones.

FRAN. (*Música de Marina.*)  
Costas..... las de mis pleitos;  
plaza de Lavapiés, (*En el foro.*)  
¡dichosos los ojos  
que os vuelven á ver!

JUANA. (¿Quién será este tipo?)

FRAN. ¡Al fin vuelvo á ver á mi adorada Tulita! (*Deja la maleta y la manta junto al piano.*) Pero ¿dónde está que no sale á recibirme? (*Al volverse se encuentra con Juana.*)

JUANA. Caballero..... (1)

FRAN. ¿Qué hay?

JUANA. ¿A quién busca usted?

FRAN. ¿A quién he de buscar? A tu señorita..... porque me figuro que tú serás la criada.

(1) Juana, Don Francisco.

JUANA. Servidora de usted.

FRAN. ¿Dónde está esa ingrata? Voy á sorprenderla. Estará en la cama todavía. (*Se dirige á la segunda derecha.*)

JUANA. Oiga usted, señorito. (*Deteniéndole.*)

FRAN. Si soy de confianza.

JUANA. No digo que no; pero la señorita no está en casa.

FRAN. ¿Ha salido?

JUANA. Sí, señor.

FRAN. Lo siento. ¿Y qué tal, cómo está?

JUANA. Muy buena.

FRAN. ¿Tan guapa como siempre, eh?

JUANA. Sí, señor; muy guapa.

FRAN. ¿Y de voz? ¿Cómo está de voz?

JUANA. ¿De voz?..... Pues muy bien. (¡Vaya una pregunta )

FRAN. ¿Tendrá muchas ovaciones?

JUANA. ¡Ah, Sí, señor, muchísimas. (No sé lo que son, pero debe tener eso.)

FRAN. ¡Qué sorpresa la suya cuando sepa que estoy aquí! No quise avisarle mi salida de Filipinas.

JUANA. ¿De Filipinas? Pero ¿viene usted de Filipinas?

FRAN. Sí, hija, sí. Anteayer desembarqué en Barcelona, y aquí estoy ya deseando darle un abrazo.

JUANA. Ya sé quién es usted.

FRAN. ¿Sí, eh?

JUANA. Usted es el tío.

FRAN. ¿Cómo?.....

JUANA. El tío que le mandaba tanto dinero desde allá....

FRAN. Justo; yo soy ese.... ese tío.

JUANA. ¡Cuánto va á sentir la señorita no estar aquí! ¡Ella que le quiere á usted tanto!

FRAN. ¿De veras, eh?

JUANA. ¡Muchísimo!

FRAN. ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los abanicos japoneses?

JUANA. ¿A mí? Sí, señor.

FRAN. Pues aguarda. (*Se dirige á la maleta tarareando; la abre y saca un abanico japonés.*) Toma uno; te lo regalo. Es legítimo; del propio Japón.

- JUANA. Muchísimas gracias. ¡Es precioso!
- FRAN. ¿Con que, por lo visto, no me ha olvidado en la ausencia?
- JUANA. ¡Qué le había de olvidar! El año pasado, cuando decían los papeles que había por allá tanta fiebre encarnada.....
- FRAN. Amarilla. Has confundido los colores.
- JUANA. Es verdad, amarilla. Pues bien, la señorita, para que usted no tuviera novedad, ofreció una misa á San Roque.
- FRAN. ¿A San Roque? ¡Pobrecita de mi alma! ¿Te gustan los pañolitos de bolsillo?
- JUANA. ¿No me han de gustar?
- FRAN. Pues toma uno. *(Lo saca de la maleta y se lo da.)*
- JUANA. ¡Ay, qué elegante!
- FRAN. Es de Ilo.....
- JUANA. Pues parece de seda.
- FRAN. Digo que es de Ilo-Ilo, un pueblo de Filipinas.
- JUANA. ¡Las veces que la pobre señorita se ha acordado de usted! Y es lo que ella dice.....
- FRAN. ¿Qué dice, qué dice?
- JUANA. Que, después de su padre, á quien ella debe algo en el mundo es á usted.
- FRAN. ¿De veras, eh? ¡Pobrecita de mi corazón! ¿Te gustan los mantones de Manila?
- JUANA. Ya lo creo. ¡Muchísimo!
- FRAN. Pues en Filipina los hay preciosos. *(Sentándose en la butaca de la izquierda.)* De esos no he traído ninguno porque pagan muchos derechos.
- JUANA. *(Y yo que creía.....)*
- FRAN. Oye, ¿tardará mucho en venir la señorita?
- JUANA. Cuatro ó cinco días.
- FRAN. ¡Cuatro ó cinco días! Pero ¿no está en Madrid?
- JUANA. No, señor; se ha marchado hace un momento.
- FRAN. ¿A dónde?
- JUANA. Al Escorial
- FRAN. ¿Y á qué ha ido al Escorial? ¿A cantar?
- JUANA. ¿Cómo á cantar? No, señor; ha ido á ver á su tía.
- FRAN. ¿A su tía? ¡Ah, ya! Será la característica, aquella

vieja tan gruñona que le sirvió de tía algunas temporadas.) ¿Y en qué tren se ha marchado?

JUANA. Ella salió de aquí hace un cuarto de hora. Puede que no se haya marchado todavía.

FRAN. ¡Qué maldita coincidencia!

JUANA. ¿Quiere usted que haga una cosa?

FRAN. ¿Qué?

JUANA. Que vaya á buscarla á la estación. Acaso llegue á tiempo.

FRAN. Muy bien pensado. Vete á escape. (*Se levanta.*)

JUANA. Si á usted le parece tomare un coche.

FRAN. Eso es: toma un coche ó dos coches, los que necesites, pero, anda, vete volando..... ¿qué esperas?

JUANA. Señorito; esperaba el dinero.

FRAN. Es verdad; si no sé cómo tengo la cabeza. La emoción y la..... Toma un duro. (*Se lo da.*)

JUANA. En seguida doy la vuelta.

FRAN. La vuelta puedes guardártela. Te la regalo.

JUANA. Digo que en seguida doy la vuelta desde la estación.

FRAN. ¡Ah! ¡Ya!

JUANA. (*Poniéndose el pañuelo.*) [Con un huésped así no han de faltar propinas.] Hasta luego, señorito.

FRAN. Vete con Dios y dile que aquí la espero con los brazos abiertos.

JUANA. Se va usted á cansar en esa postura. Es mejor que la espere usted sentado.

FRAN. Anda, anda; y déjate de hacer chistecitos.

JUANA. Voy, voy. (*Vase corriendo por el foro.*)

## ESCENA V.

D. FRANCISCO.

Todas las criadas de la gente de teatro son lo mismo: unas bachilleras inaguantables. Al fin estoy en Madrid. En esta casa que tiene para mí tantos recuerdos amorosos. Aquel espejo es el que yo le regalé el día de mi santo. Allí están los jarrones que le compré la noche de su beneficio. Ese es el reloj que tuve que sacar del Monte de Piedad. En esta

butaca (*La de la izquierda.*) le dí mil pesetas el día antes de marcharme á Filipinas. No hay mueble ni objeto en esta casa que no conserve para mí algún recuerdo agradable. ¡Y parece que no han pasado seis años! Todo está lo mismo..... es decir, casi lo mismo. Echo de menos algunos muebles.... Y la colocación de otros no es la misma que tenían en mis tiempos. El *bureau* estaba allí, junto á la ventana..... y esta butaca, la mía (*La coge y la coloca á la izquierda de la chimenea.*) al lado de la chimenea. ¡Las siestas que yo he echado aquí al amor de la lumbre, mientras ella volvía del ensayo! Dos retratos..... (*Viendo los que están sobre la repisa de la chimenea.*) ¿De quién serán? (*Coge uno y lee la dedicatoria.*) "A mi queridísima esposa." — ¡Caracoles! — "De su Pepe." — ¿Quién será este Pepe? A ver este otro. ¡De mujer! ¡Y muy bonita! (*Leyendo la dedicatoria.*) "A mi queridísimo Pepe. De su esposa." ¡Ah! ¡Vamos!..... Este es algún matrimonio amigo de Tula. Artistas, indudablemente. El tiene cara de tenor cómico. ¡Y yo que había creído!..... ¡Quiá! Tula es fiel. Ya me lo ha asegurado la muchacha. Podrá engañar á otros; pero lo que es á mí..... Me parece que la mujer que ofrece uua misa á San Roque para que no me dé la fiebre amarilla, es que está enamorada de veras. Abren la puerta. (*Se levanta y va á la puerta del foro.*) Ella, sin duda. Me haré el dormido como cuando volvía del ensayo. (*Se sienta en la butaca de espaldas á la puerta.*) Siempre me despertaba con un pellizco. (*Finge que duerme.*)

### ESCENA VI.

DON FRANCISCO y BERNARDO por el foro con una escoba.

- BERN. [*Dentro.*] Sí, señora, sí; basta que yo lo diga.  
FRAN. Habla con el portero. ¡Es la voz de Bernardo! ¡El simpático Bernardo!  
BERN. [*Dentro.*] ¡El demonio de la bruja! ¡Pues no se em-

peña en que se le ha de poner baldosín nuevo en toda la cocina! [*En el foro.*] ¡Sí, pues que espere! [*Barriendo junto á la puerta del foro.*]

FRAN. (¡Es ella! Ya siento el crugido de su falda.)

BERN. [*Entra en escena.*] (Una manta..... y una maleta..... [*Ronquido de Don Francisco.*] y un caballero en la butaca! ¿Quién será? [*Don Francisco ronca suavemente.*] Parece que duerme.) [*Acercándose de puntillas.*]

FRAN. (Siento sus pasos... Ahora me va á dar el pellizco.)

BERN. (Pues sí que está dormido) [*Acercándose mucho.*]

FRAN. (Ya percibo su aliento.)

BERN. (¿Quién será este señor? No le veo bien la cara.) [*Empinándose por encima de la butaca.*]

FRAN. (Yo uo puedo más) [*Levantándose de pronto y abrazando á Bernardo, que retrocede asustado.*] ¡Tula de mi alma!.....

BERN. ¡Caballero! (1)

FRAN. Pero, ¡cómo!... ¡No era Tula! ¡Eres tú!

BERN. Sí, señor; yo.

FRAN. ¡Mi querido Bernardo! (*Queriendo abrazarle.*)

BERN. Caballero.... yo.... no....

FRAN. ¿No me conoces ya?

BERN. No, señor; no caigo....

FRAN. ¿Tanto he cambiado en los seis años que pasé en Filipinas?

BERN. ¡Ah! Sí.... ya recuerdo.... ¿Es usted don Paco? [*Muy cariñoso.*]

FRAN. El mismo.

BERN. ¿Cómo había yo de pensar?....

FRAN. ¿Y tu mujer? ¿Cómo está la Lorenza?

BERN. ¡Ay, don Paco! No me la recuerde usted.

FRAN. ¿Qué? ¿Os habeis separado? Has hecho bien. Tenía un carácter insufrible.

BERN. [*Llorando.*] Se murió la pobrecita.

FRAN. ¡Que se murió!.....

BERN. Sí, señor; hace siete meses.

(1) *Don Francisco, Bernardo.*

- FRAN. ¡Qué lástima! ¡Tan buena como era!
- BERN. Muy buena; sí, señor.
- FRAN. El genio un poquito fuerte; pero..... se le pasaba en seguida.
- BERN. No lo crea usted; no se le pasaba nunca; pero en treinta y siete años de matrimonio ya me había acostumbrado á oírla reñir. El día que no me llamaba animal diez ó doce veces, parecía que me faltaba algo.
- FRAN. Lo comprendo. Pero, ¡qué demonio! La cosa ya no tiene remedio.
- BERN. Dice usted bien.
- FRAN. Dejemos en paz á los muertos y hablemos de los vivos.
- BERN. Hablemos, sí, señor. Ya habrá usted sabido lo de doña Tula.
- FRAN. Sí; ya sé que se ha marchado hace un momento al Escorial.
- BERN. ¿Cómo al Escorial?
- FRAN. Me lo acaba de decir la muchacha.
- BERN. ¡Ay, don Paco de mi alma!
- FRAN. ¿Qué?
- BERN. Que está usted confundido.
- FRAN. ¡Cómo!
- BERN. Que, por lo visto, no sabe usted una palabra.
- FRAN. Pues, ¿qué sucede?
- BERN. ¿Usted ha venido á esta casa buscando á doña Tula?
- FRAN. Es natural.
- BERN. Pues no es natural, porque doña Tula ya no vive aquí.
- FRAN. ¡Eh! ¡Cómo!.....
- BERN. La dueña de este cuarto es otra.
- FRAN. Pero estos muebles.....
- BERN. Son de esta otra que se los compró á doña Tula.
- FRAN. Pero, ¿dónde está Tula?
- BERN. Vaya usted á saber.....
- FRAN. ¡Bernardo..... tú lo sabes! ¡Aquí pasa algo, y yo necesito que me lo digas todo, completamente todo!
- BERN. ¡Calma, tenga usted calma!

FRAN. ¡Habla pronto, ó no respondo de hacer una barbaridad! Ya se me han puesto todos los nervios de punta, y cuando los nervios se me ponen así, yo no sé cómo me pongo.

BERN. Pues, bien; ya que usted lo ignora, yo debo decirselo.

FRAN. ¡Todo! ¡No me ocultes nada!

BERN. Pues oiga usted.

FRAN. Espera; deja que me reponga de la impresión que acabo de recibir. *(Breve pausa, en la que suspira, se limpia el sudor; se frota las manos; estira repetidas veces los brazos y los cruza luego sobre el pecho, aparentando absoluta indiferencia.)* Ya me he repuesto.

BERN. ¡Ay, este señor no está bueno! *(Indicando que está tocado de la cabeza.)*

FRAN. Puedes empezar.

BERN. Usted ya sabe lo liosa que era doña Tula.

FRAN. Hombre; comprende que si yo lo supiera, no me pasaría lo que me pasa.

BERN. Pues era muy liosa, sí, señor. Hace mes y medio tuvo que vender, de prisa y corriendo, todos estos muebles antes de que la justicia se echara sobre ellos. ¡Si no había dinero bastante para él!

FRAN. Dirás para ella.

BERN. No, señor, para él; para el novio que tenía últimamente: un jugador de oficio.

FRAN. ¿Un jugador?

BERN. El que tuvo la cuestión con el capitán.

FRAN. ¿Qué capitán?

BERN. El que sustituyó al banderillero.

FRAN. ¿También un banderillero?

BERN. ¡Anda, anda! Pues si desde que usted se marchó ha pasado por aquí toda clase de gente.

FRAN. De todo eso lo que se desprende es una cosa: que Tula me ha estado engañando.

BERN. Sí, señor; eso es lo que se desprende.

FRAN. ¡Y yo me he pasado seis años creyendo en su fidelidad y mandándole dinero! *(Paseándose agitado por la escena.)* Y cuando ahora llego á España, de-

cidido á hacerla mi esposa, me encontré con que ella..... (*De pronto.*) Adiós, Bernardo. (1) No debo permanecer aquí ni un momento más. (*Coge la maleta y la manta.*) Hoy mismo me marchó de Madrid. No quiero encontrarme con esa mujer. Puede ir con el jugador, y tú ya conoces mi carácter. Soy capaz de comprometerme.

BERN. No se comprometa usted. Eso es lo principal.

FRAN. Adiós, Bernardo. (*Medio mutis.*) ¡Pero, no!..... (*Deja la maleta y la manta.*) No quiero abandonar tan pronto esta casa que tiene para mí tantísimos recuerdos.

BERN. ¡Pero, don Paco!

FRAN. Sí, sé lo que vas á decirme: que lo olvide todo..... Pero no puedo. Cuando un hombre ha querido de veras á una mujer....

BERN. Eso me pasa á mí. No puedo olvidar á mi difunta.

FRAN. No te quejes. Tú estás mejor que yo. Lorenza ya no puede ser de nadie y Tula es de todo el mundo..... ¡hasta de un banderillero! Allí mismo, sentados los dos junto á la chimenea, me juró cien veces que no querría á nadie más que á mí. Aun parece que la veo jugando con las guías de mi bigote y echándome aquellas miradas que me volvían loco. Déjame, déjame permanecer aquí, gozando con el recuerdo de aquellos días tan felices. (2) (*Se sienta en la silla rinconera ó butaquita de la derecha.*)

BERN. Pero, don Paco, comprenda usted que.....

FRAN. Es una *chifladura*, ya lo sé; pero ¿qué quieres? Los que venimos de Filipinas tenemos estas *chifladuras*; no podemos remediarlo.

BERN. Si el caso es que yo he quedado al frente del cuarto, y ya ve usted que es un compromiso.....

FRAN. Ya sabes que yo soy de los que pagan bien los favores.

BERN. Ya lo sé, sí señor; pero la inquilina, aunque dijo que

(1) Bernardo, Don Francisco.

(2) Don Francisco, Bernardo.

- iba al Escorial por cuatro ó cinco días, puede venir á lo mejor y.....
- FRAN. Toma diez duros. (*Que ha sacado de la cartera.*)
- BERN. (¡Diez duros!) Muchísimas gracias. Yo creo que no vendrá nadie, ¿sabe usted? Pero, por si acaso, yo estaré con cuidado en la portería.
- FRAN. Unas horas nada más. Desde aquí me voy á la estación. Iré á llorar mis desengaños en Calahorra.
- BERN. ¿Dónde?
- FRAN. En Calahorra. Yo no sé si sabes que soy calagurritano.
- BERN. No señor; no sabía que fuese usted eso. Creía que era usted empleado del gobierno.
- FRAN. (¡Qué ignorancia tan encantadora!)
- BERN. Con su permiso voy á la portería. (*Medio mutis.*)
- FRAN. Oye, Bernardo....
- BERN. Mándeme usted.
- FRAN. ¿Existe aún el café que había en la esquina?
- BERN. Sí, señor.
- FRAN. ¿Tú no habrás comido todavía?
- BERN. Todavía no.
- FRAN. Pues vé al café y sube dos cubiertos. Comeremos juntos. Quiero que me enteres de todo lo que ha pasado aquí durante mi ausencia.
- BERN. Con mucho gusto; sí, señor. Voy corriendo al café. [¡Cómo me voy á poner el cuerpo de riñones salteados. (*Vase por el foro.*)

## ESCENA VII.

D. FRANCISCO.

Soy un animal.... esto es indiscutible. Sólo una cosa me disculpa: que estaba enamorado, mejor dicho, que lo estoy.... ¡lo estoy todavía! Si en este momento apareciese por esa puerta la hermosísima Tula y se echara en mis brazos y me pidiese perdón,—y aunque no me lo pidiese,—sólo con que se echara en mis brazos, me olvidaba yo del jugador y del capitán y hasta del banderillero. Pero no, no vendrá.

(*Levantándose.*) La que puede venir es la muchacha que estaba aquí antes. Dijo que volvería en seguida. Pero ¡quíá! Esa lo que ha hecho es burlarse de mí y guardarse las cinco pesetas que le dí para el coche. ¡Y para esto he venido yo de Filipinas! Parece que fué ayer cuando en esta silla.... (*En la que ha estado sentado.*) Pero esta silla estaba entonces aquí, en este lado. (*La coloca al lado del velador en el sitio en que estaba antes la butaca.*) Y el costurero, allí junto á la mecedora..... Falta la mecedora. (*Deja el costurero al lado de la ventana.*) Estará en el tocador. Quiero disponer esta habitación como en aquellos tiempos felices. Y yo me pondré también en situación. En cuanto entraba aquí me quedaba en mangas de camisa. (*Se quita la americana y la deja sobre la butaca que está al lado de la chimenea. Entra en la primera derecha y sale en seguida.*) No..... la mecedora no está aquí. (*Se dirige á la segunda derecha y de pronto se detiene.*) ¡Acaso esté en la alcoba! No..... no quiero ver la alcoba. Puede que la hayan colocado en el comedor. (*Se dirige á la primera izquierda.*) ¡El comedor! ¡Dios mío! ¡Qué cenas aquellas! ¡Cómo le gustaba el jamón en dulce! ¡Y el pavo trufado! Sobre todo el pavo. ¡No! Sobre todo el jamón. Sobre todo, ¡todo! ¡qué apetito tenía aquella criatura! Voy por la mecedora. (*Vase puerta primera izquierda. Pausa breve.*)

## ESCENA VIII.

CAROLINA.

(*Dentro.*) ¡Bernardo!... ¡Bernardo!... ¡Bonita manera de vigilarel cuarto! ¡La puerta de par en par! (*Entra en escena y se dirige al espejo á quitarse el sombrero y el abrigo.*) ¡Dichosos ferrocarriles! Cada ocho días cambian la salida de los trenes. El del Escorial, que yo creí que salía á las diez, resulta que ha salido á las siete de la mañana. Tendré que esperar al de la tarde. Mandaré llamar á la muchacha. (*Se dirige*

al foro.) ¡Bernardo!..... (Volviéndose y viendo la nueva colocación de muebles y la maleta y la manta de don Francisco.) ¿De quién es este equipaje? Pero ¿qué desorden de muebles es este? ¡Un sombrero! (El de don Francisco.) ¡Y una americana! Pero ¿de quien son estas prendas? Siento ruido..... ¡ay, Dios mío! ¿Será el portero? (Se dirige á la primera izquierda en el momento en que aparece don Francisco.)

ESCENA IX.

CAROLINA y DON FRANCISCO, que sale por la primera izquierda con una mecedora.

FRAN. (Estaba en el comedor.)

CAR. ¡Jesús! ¡Un hombre aquí! (1) (Retrocede asustada hasta la derecha de la escena. Al huir, deja caer un guante en el sitio que ocupaba antes el costurero.)

FRAN. ¡Huy! ¡La inquilina! ¡La esposa de Pepe!

CAR. (¿Quién es este hombre?)

FRAN. Se.... señora.

CAR. ¡No.... no, por Dios!.... No se acerque usted.

FRAN. (¿Qué compromiso!) Señora.... yo....

CAR. ¡Ladró!..... (Aterrada.)

FRAN. No.... no ladre.... digo.... no grite usted. Yo soy.... gente de paz.

CAR. Que no se acerque usted ó llamo.

FRAN. Pero, señora, si yo no me he movido.

CAR. ¿Quién es usted? ¿Qué desea usted? ¿A quién busca usted?

FRAN. Calma, señora, calma. No soy lo que usted se figura. Yo soy una persona decente, muy decente. (Deja la mecedora delante del velador.)

CAR. (Pero ese portero....) ¡Bernardo!.....

FRAN. No se molesté usted en llamarle. Le mandé yo á un recado; pero vendrá en seguida. El le dirá á usted quién soy yo.

(1) Carolina, Don Francisco.

CAR. Pero, ¿qué significa?... ¿Con qué derecho?....  
FRAN. Tiene usted razón, señora. Comprendo la sorpresa de usted. Yo también me he sorprendido mucho. No esperaba tener el gusto de verla á usted por aquí.

CAR. Pero.....

FRAN. Tranquilícese usted. Vuelvo á repetirle que yo soy una persona decente, muy decente.

CAR. (Sí; la verdad es que no parece lo contrario. Acaso alguna equivocación.)

FRAN. (Ya se ha tranquilizado.) (*Reparando en que está en mangas de camisa.*) ¡Ay! Señora..... usted perdone.... (*Al dirigirse á la butaca para coger la americana y el sombrero, Carolina da un grito y baja al proscenio derecha.*) Ahora comprendo su extrañeza. Me habla puesto así para dar más color local. (*Se pone la americana.*)

CAR. ¡Ah! ¡Ya! ¿Es usted pintor?

FRAN. No, señora. Yo aquí ya no pinto nada. ¿Ve usted? Ya parezco otro. [*Con el sombrero en la mano.*]

CAR. Pues á mí, sigue usted pareciéndome el mismo.

FRAN. Es natural. Usted no me conoce, y yo no puedo marcharme de aquí dejándola á usted en una duda mortificante para mi dignidad.

CAR. No, si yo no.....

FRAN. Usted necesita saber por qué estoy aquí. Procuraré justificarme.

CAR. (¡Qué tipo tan extraño!)

FRAN. Pero, siéntese usted; no se moleste por culpa mía.

CAR. Gracias, no.

FRAN. Se lo ruego á usted, señora. Lo que tengo que decir es algo largo.

CAR. Caballero.....

FRAN. Se lo suplico á usted. [*Ofreciéndole la silla volante que está al lado de la chimenea y que coloca junto al guante que se le ha caído á Carolina. En seguida coge otra silla volante de la izquierda, y la acerca á la anterior. Carolina está en pie casi sobre el guante. Don Francisco lo ve y se inclina para cogerto. Al mo-*

*vimiento de don Francisco, Carolina da un grito y retrocede muy asustada.]*

CAR. ¡Ay!

FRAN. ¡Es el guante, señora! Se le ha caído este guante.  
[*Se lo da.*]

CAR. ¡Ah! ¡Ya, muchísimas gracias! Usted perdone, pero yo.....

FRAN. Siéntese usted, señora.

CAR. Ya estoy sentada. Hable usted.

FRAN. Gracias, señora. [*Se sienta cerca de Carolina. Esta hace ademán de levantarse; pero don Francisco la detiene con mucha finura.*] Tranquilícese usted..... yo soy....

CAR. Sí, ya lo sé; una persona decente, muy decente.

FRAN. Muchas gracias. Usted me hace justicia. (Es muy simpática esta señora.) Celebro mucho conocer á usted personalmente.

CAR. ¿Personalmente?

FRAN. Sólo la conocía por el retrato. [*Indicando el de la chimenea.*]

CAR. ¡Ah! ¡Y!

FRAN. ¿Y Pepe? ¿Cómo sigue Pepe?

CAR. ¿Eh?

FRAN. Su esposo de usted.

CAR. ¿Mi esposo? (Me cree casada. Mejor.) Está bueno, gracias.

FRAN. Lo celebro tanto.

CAR. Vendrá en seguida.

FRAN. Me alegro.

CAR. (¡Nada! ¡Ni por esas!)

FRAN. Señora: [*Levantándose.*] ya que no tengo quien la haga, haré yo mismo mi presentación. (*Saca la cartera.*) Ahí tiene usted mi tarjeta. (*Dándosela.*)

CAR. [*Leyendo.*] "Ambrosio Menéndez, canónigo de la catedral de Manila."

FRAN. ¡Ah! Usted perdone. Esa es la de un compañero de pasaje. Aquí tiene usted la mía. Sí; esta es. (*Se la da.*)

CAR. (*Lee.*) "Francisco Estéban."

- FRAN. Servidor de usted. (*Sentándose.*)
- CAR. «Almacenista de maderas en Ilo-Ilo.»
- FRAN. Ex-almacenista. Ya me he retirado de los negocios.
- CAR. Francisco Esteban..... Francisco Esteban..... Yo he oído hablar mucho del guapo Francisco Esteban. ¿No será usted?
- FRAN. ¿Guapo yo? No, señora; yo soy regular, nada más que regular.
- CAR. ¡Pobre señor! ¡Parece una buena persona!
- FRAN. Usted, seguramente, se estará diciendo: «pero á mí, ¿qué me importará lo que me va á contar este caballero?»
- CAR. La verdad es que á mí.....
- FRAN. Sin embargo, señora, usted debe saberlo, y lo sabrá.
- CAR. Advierto á usted que no tengo ningún interés.
- FRAN. Mejor; así lo sabrá usted desinteresadamente y comprenderá lo desgraciado que soy.
- CAR. ¡Ah! ¿Es usted desgraciado?
- FRAN. Mucho, señora. Oiga usted la historia de mi vida.
- CAR. ¡Dios mío de mi alma! ¡Y me la va á contar!
- FRAN. Si á usted le parece, no la tomaré de muy lejos.
- CAR. No; tómela usted de lo más cerca posible.
- FRAN. Yo pasé gran parte de mi juventud en Filipinas.
- CAR. Algo lejos está eso; pero en fin.....
- FRAN. Podría hablarle de mi niñez, pasada tranquilamente en Calahorra, el país de las latas de pimientos....
- CAR. No; déjese usted de latas, y volvamos á Filipinas.
- FRAN. Pues, bien; mi hermano y yo nos establecimos en Ilo-Ilo, y allí nos dedicamos á la exportación del monconó, del molave, del ipil, del yacal, del bana-bá, del guijo y del baticulín.
- CAR. ¿Y qué es todo eso?
- FRAN. Son maderas de construcción; nuestra especialidad. El negocio marchaba perfectamente, y hace ocho años salí del archipiélago y regresé á la Península. No dirá usted que no soy breve. He saltado veinticinco años y muchos miles de leguas.
- CAR. Así, así; salte usted, salte usted.

FRAN. Me establecí en Madrid; y aquí vivía holgadamente con el dinero que mi hermano me remitía desde allá, cuando una noche..... ¡noche aciaga!..... me enamoré perdidamente de Tula.

CAR. ¿De quién?

FRAN. De Tula, de la tiple que habitaba este cuarto.

CAR. ¡Ah..... vamos! ¡Gracias á Dios! Ahora me lo explico.

FRAN. ¿Usted ya habrá conocido á Tula?

CAR. No, señor. La compra de estos muebles y el alquiler del cuarto, los hice por segunda mano; pero ya me han dicho que es preciosa.

FRAN. Preciosa. No la han engañado á usted. Yo la conocí en *El fondo del mar*.

CAR. ¿Dónde?

FRAN. En una zarzuela de espectáculo.

CAR. ¡Ah!

FRAN. ¡Estaba divina! El traje de pez le sentaba admirablemente

CAR. Lo creo.

FRAN. Veinte noches estuve mirándola desde la primera fila de butacas, y veinte noches me dedicó platónicamente la romanza aquella del segundo acto...  
(*Música á gusto del actor.*)

„La perla en la concha,  
las algas marinas....”

¡La cantaba como un ángel! Por fin, á la veintiuna representación, al arrancarse para la fermata final, (*Hace la fermata.*) me dirigió una mirada significativa, como diciendo: „¡atrévase usted!”

CAR. ¡Se necesita atrevimiento!

FRAN. Pues yo me atreví. Y al día siguiente, vine á está casa; subí, llamé á la puerta y.... (*Levantándose.*)

CAR. ¿A dónde va usted?

FRAN. A ponerlo en escena. Así lo comprenderá usted mejor.

CAR. (¡Qué tipo tan original!)

FRAN. Ella estaba sentada aquí. (*Al lado del velador.*)  
¿Tiene usted la bondad, señora?

CAR. ¿De qué?

FRAN. De sentarse aquí.

CAR. ¿Para qué?

FRAN. Para dar más verdad á la escena.

CAR. ¡Pero, caballero!

FRAN. Se lo ruego á usted.

CAR. Bueno, hombre, bueno. (¡Qué paciencia necesito!)  
(*Pasa á sentarse al lado del velador.*)

FRAN. Muchas gracias. (1) Pues, bien, Ella estaba sentada aquí, pero en una silla de Vitoria. Yo, después de anunciarme, (*Va al foro.*) llegué hasta el dintel de este puerta, y dije con timidez: "¿se puede?"—"Pase usted, caballero."—me contestó con dulzura,—"pase usted."—Y yo pasé..... pasé las de Caín, porque no me había visto nunca tan emocionado. Por fin, me hizo sentar aquí, junto á ella, (*Coge una silla volante y se sienta á la derecha de Carolina.*) en otra silla de Vitoria. Entonces no tenía más que sillas de Vitoria. Todos estos muebles se los compré yo luego. Yo no sabía qué decirle; ella me miraba sonriendo, así, como me mira usted ahora; y abandonándome una mano.... Abandónemela usted....

CAR. ¡Señor Esteban!

FRAN. Es verdad. Usted dispense. ¡Ah! ¡Qué entrevista aquella! Dos horas estuvimos hablando de nuestro amor y de nuestra felicidad, y luego comimos aquí juntos; y luego la acompañé al teatro; y luego....

CAR. Salte usted, salte usted.

FRAN. Saltaré, sí, señora. Siete meses pasé en esta casa, que ya no me pertenece, cuando un día recibí un telegrama urgente de mi hermano para que regresara inmediatamente á Filipinas. ¡Qué despedida la nuestra! ¡Cómo lloraba la pobrecilla!—"Vas á olvidarme" me dijo echándome los brazos al cuello.—"Eso nunca" le contesté yo con entereza.—"Pues déjame una prenda de tu amor."—"Todas las que quieras."—Y sacando unas tijeritas de aquel costu-

(1) *Don Francisco, Carolina.*

rero me cortó, sollozando, un mechón de pelo que yo llevaba sobre la oreja izquierda. — «¿Dónde podría guardar esto?» me preguntó mirando con insistencia mi chaleco. — «Aquí» la respondí; y me quitó, de la leotina, un magnífico medallón de brillantes que yo usaba como dije.

CAR. ¿Y ella le tomó el medallón?

FRAN. Sí, señora; ¡y el pelo! De eso me he convencido aunque tarde. Entonces creía en su amor, pero alarmado con el telegrama de mi hermano, salí inmediatamente para Barcelona, y allí tomé el vapor para Filipinas y..... hala, bala..... llegué á Ilo-Ilo.

CAR. ¡Hola, hola!

FRAN. Nuestro negocio estaba paralizado. Mi hermano se había metido en un pleito con los frailes.....

CAR. ¿Lo perderían ustedes?

FRAN. No, señora; lo ganamos. Ya ve usted si tendríamos razón. Seis años duraron las tramitaciones; pero al fin realicé mi fortuna, recogí mis ochenta mil duros y.....

CAR. ¡Ochenta mil duros! ¡Pero deje usted el sombrero! Usted perdona. No había reparado. ¡Soy lo más distraída! (*Va á la derecha y deja el sombrero sobre el «bureau.»*) ¡Ochenta mil duros! (*Arreglándose al espejo.*) (1)

FRAN. (*Levantándose.*) Soy muy desgraciado, señora. Llego hace dos días á España creyendo encontrar aquí á la que amaba y decidido á poner á sus pies toda mi fortuna.....

CAR. ¡Qué lástima!

FRAN. Cuando me entero de que la ingrata se ha burlado de mí de una manera indigna.

CAR. Pues no debe usted disgustarse, sino todo lo contrario.

FRAN. ¡Ab, señora! Es usted muy amable. ¿Verdad que yo no merecía ese pago?

CAR. Ni á esa mujer.

(1) *Carolina, Don Francisco.*

FRAN. Gracias, señora; pero yo la amaba. Aquí mismo se lo juré una vez: "El día que yo sepa que me engañas"—¡la dije:—"me levanto la tapa de los sesos." Y estoy decidido.....

CAR. ¡Hombre, por Dios!.....

FRAN. Estoy decidido á no hacer nunca juramentos de esta clase. Acabo de saber que me engañaba y, sin embargo, no tengo valor para suicidarme.

CAR. Como que sería una locura. Usted puede hacer feliz á una mujer. Es usted joven todavía. (*Con mucha coquetería.*)

FRAN. Cuarenta y siete años.

CAR. Yo le echaba á usted cincuenta.

FRAN. Veinte años en Filipinas envejecen á cualquiera.

CAR. Pues parece que está usted muy sano.

FRAN. Eso creo yo. Los médicos, sin embargo, se empeñan en que tengo no sé qué cosas en el hígado.

CAR. Pues póngase usted en cura.

FRAN. ¿Para qué? Si me encuentro perfectamente. Y además, como dicen que lo que es bueno para el hígado es malo para el bazo.....

CAR. (*Rtendose.*) Es verdad; tiene usted razón.

FRAN. Adi s, señora. (*De pronto.*)

CAR. ¡Cómo! ¿Se marcha usted tan pronto?

FRAN. Ya he abusado bastante.

CAR. De ninguna manera. (¡Ochenta mil duros!....)

FRAN. (*Que á ido á la maleta.*) Va usted á permitirme este obsequio. (*Sacando un gran paquete que ocupa casi uno de los departamentos de la maleta.*)

CAR. No; e o no.... de ningún modo. (¿Qué será?)

FRAN. Yo la ruego á usted que lo acepte. (*Entregándoselo.*)

CAR. Pero, ¿qué es esto?

FRAN. Cuatro docenas de abanicos japoneses.

CAR. ¿Y qué voy á hacer yo con tanto abanico?

FRAN. Pues.... abanicarse. Son legítimos. Guárdelos usted como un recuerdo.

CAR. Muchísimas gracias. (*Va al foro y deja el paquete sobre la butaca.*)

FRAN. Con su permiso. (*Cogiendo el sombrero que estará sobre el "bureau."*) Voy aquí cerca á hacer una visita que me encargó un amigo de Manila (1). Ese también piensa como usted.

CAR. ¿Qué?

FRAN. Que puedo hacer feliz á cualquiera mujer.

CAR. ¿Y qué duda tiene? A lo mejor se encuentra usted con una muchacha que le guste y se casa usted á escape.

FRAN. ¡Ah, señora! Esas bodas así, tan de repente, no ocurren más que en el teatro, en esas comedias de dos personajes: un galán y una dama que se encuentran casualmente en una fonda, en una casa de baños, ó en una estación de ferrocarril. El es un abogado ó un artista; ella una viuda joven y guapa. Hablan durante media hora de esto, de lo otro y de lo demás allá; pero, al fin, él se declara, ella dice que sí, y se casan y cae el telón. En la vida real no pasa eso, señora. En el mundo abundan los artistas y los abogados; pero escasean mucho las viudas jóvenes.

CAR. ¿Cómo! ¿Cree usted?.....

FRAN. Sí, señora; escasean por lo mismo que son el ideal. La joven soltera que se casa, va al matrimonio á ciegas, y puede quizás arrepentirse de su enlace; pero la viuda que reincide..... ¡Ah, señora! Esa ya sabe á dónde va, y al casarse por segunda vez, demuestra que conoce á fondo las dulzuras de la vida de casada. Ahí tiene usted por qué son tan solicitadas las viudas jóvenes.

CAR. ¿Y los viudos?

FRAN. Esos abundan bastante; pero reinciden rara vez. Y sobre todo, señora, que el viudo que se casa no lo hace más que para vengarse en la segunda de todo lo que le haya hecho sufrir la primera. Créame usted, señora, no se case usted nunca con un viudo. Sería una lástima.

CAR. ¡Pero, caballero, olvida usted que yo..... soy casada!

(1) *Don Francisco, Carolina.*

FRAN. ¡Ah! Sí; es verdad. (*Echando una mirada á los retratos de la chimenea.*) Me complacía en olvidarlo. Adiós, señora. He tenido muchísimo gusto... (*Pasa á la izquierda á coger el equipaje.*)

CAR. Digo lo mismo (1). Esta casa es de usted.

FRAN. ¡Lo ha sido, señora, lo ha sido! (Lo dicho, es muy simpática.) (*Coge distraídamente el músico y la manta.*) A los pies de usted.

CAR. (*Riéndose.*) ¿Pero se lleva usted el músico?

FRAN. ¡Ay! Usted perdone. ¡Si no sé cómo tengo la cabeza! (*Deja el músico y coge la maleta.*) ¡Adiós, señora!

CAR. Beso á usted la mano. (*Al dirigirse don Francisco al foro, aparece Bernardo con una gran bandeja con los dos almuerzos.*)

### ESCENA X.

DICHOS. BERNARDO.

BERN. ¡Don Paco! (*Muy contento.*) Aquí tiene usted los almuerzos. (*Sin ver á Carolina.*)

FRAN. Gracias (2). Puedes devolverlos. Adiós, señora.

BERN. (¿Eh) ¡Dios mío! ¡La señorita Carolina!

CAR. Adiós, señor Esteban..... (*Vase don Francisco.*) Vaya usted con Dios. (*Le acompaña hasta el foro.*)

BERN. ¿Cómo?.... ¿Se conocían ustedes?

CAR. Le he conocido ahora. Parece muy buena persona.

BERN. Y lo es; ya lo creo. Muy rico y muy decente y muy llanote. Como que me había convidado á almorzar con él,

CAR. Puede usted dejar ahí ese servicio. Tendré que esperar al tren de la tarde, y como la muchacha no está en casa.... ¿Supongo que no estará pagado?

BERN. No señora.

CAR. Lo aprovecharé yo. (*Va al foro.*)

BERN. Advierto á usted que me había mandado traer dos cubiertos.

(1) Carolina, Don Francisco.

(2) Carolina, Bernardo, don Francisco.

- CAR. Bueno, hombre, bueno; tendrá usted el suyo.
- BERN. Muchísimas gracias. (Ya creí que me quedaba sin mi ración de ñiñones.) (*Pone la bandeja encima del velador.*)
- CAR. (La verdad es que ese hombre me ha impresionado un poco. No sé si ha sido por lo de los ochenta mil duros..... No; no es eso. Su figura no es para enamorar á nadie; pero es un caballero tan simpático y tan fino y tan..... Creo que he hecho mal en fingirme casada. ¡Sí señor! ¡Ha sido una tontería! Porque quizás él..... Pero, en fin, ¡qué le vamos á hacer! La cosa ya no tiene remedio. (*Se sienta á la derecha.*))

### ESCENA XI.

CAROLINA, BERNARDO y JUANA.

- JUANA. ¡Señorita!..... ¿Usted aquí?
- CAR. Sí, hija, sí. Han variado la hora de los trenes. (1)
- JUANA. Ya lo sé. Si vengo de la estación de buscarla á usted, por orden de su tío.
- CAR. ¿De que tío?
- JUANA. ¡Toma! Pues, ¿no le ha visto usted?
- CAR. Pero, ¿á quién?
- JUANA. A su tío, el de Filipinas. Si estaba aquí hace un momento. [*Bernardo suelta la carcajada.*]
- CAR. ¡Ay, hija! Estas equivocada. Ese caballero no es mi tío.
- JUANA. Pues, señorita, yo lo hubiera jurado. [*Campanilla.*]
- BERN. Llaman. Puede que sea el camarero. [*Vase por el foro.*]
- CAR. Ese señor, á quien venía buscando era á otra.
- JUANA. Pues podía haberlo dicho. Como no preguntó nada más que por la señorita, y aquí no hay más señorita que usted.....

---

(1) *Carolina, Juana. Bernardo.*

ESCENA ULTIMA

DICHAS, DON FRANCISCO y detrás BERNARDO.

FRAN. (*Desde la puerta.*) ¿Se puede?

CAR. ¡Él! ¡Calla! Pase usted adelante. (*Levantándose.*)

FRAN. (*Leyendo el sobre de una carta.*) "La señora doña Carolina Aguirre."

CAR. Servidora de usted.

FRAN. ¡Cómo! ¿Es posible? (*Soltando la manta y la malleta, que cae sobre los pies de Bernardo.*)

BERN. ¡Ay!

FRAN. (*Bajando.*) ¿Con que es usted la viuda de Pega?

CAR. La misma.

FRAN. ¿Luego no es usted casada?

CAR. Naturalmente.

FRAN. ¡Oh felicidad! Pues si es para usted para quien traigo la visita de Manila.

CAR. ¿Es de veras? (1)

FRAN. Aquí tiene usted esta carta. Vengo de ahí cerca, de la calle del Olivar, número cincuenta y siete.

CAR. Allí vivía hace un mes.

FRAN. ¡Qué feliz casualidad!

CAR. (*Abriendo la carta.*) De mi tío Manuel.

FRAN. Justo; de su tío.

JUANA. (*A Bernardo.*) (Ya pareció el tío.)

BERN. (Lo que no va á aparecer es el almuerzo.)

CAR. ¡Cuánto celebros!..... Pero siéntese usted.

FRAN. Muchas gracias. (*Mira la silla volante de la izquierda, y va de espaldas á sentarse en ella. Bernardo, al oír la indicación de Carolina, acerca más la silla, volviéndose en seguida á hablar con Juana. Don Francisco, que cree que la silla está donde antes, va á sentarse y se cae al suelo. Hágase esto con la mayor naturalidad posible, para que la caída resulte justificada.*)

CAR. ¡Jesús!

BERN.

JUANA.

} ¡Ay!

(1) Carolina, Don Francisco, Juana, Bernardo.

FRAN. ¡No!..... ¡No es nada! (*Bernardo y Juana le ayudan á levantarse.*)

CAR. ¿Se ha hecho usted daño?

FRAN. No, no señora. El susto nada más: (*Se sienta en la silla.*)

CAR. ¡Cuánto lo siento!

FRAN. Lea usted; lea usted.

CAR. (*Leyendo.*) "El dador de ésta, mi excelente amigo don Francisco Esteban, te entregará un recuerdo de mi parte."

FRAN. (*Levantándose y acercándose á Carolina.*) Dos mil pesetas. (*Dándoselas. Vuelve á sentarse; pero antes tiene la precaución de mirar si la silla continúa en su sitio.*)

CAR. ¡Tío de mi alma! "El señor Esteban es una persona....."

FRAN. Ruego á usted que lea para sí. (*Levantándose, teniendo sugeto el respaldo de la silla con la mano izquierda.*) La carta venía abierta, y yo cometí la indiscrecion de enterarme, y, naturalmente, los elogios de su tío pueden herir mi modestia. (*Vuelve á sentarse. Mientras Carolina lee, don Francisco habla aparte con Bernardo y Juana.*)

CAR. Como usted guste. "El señor Esteban es una persona que merece todo mi cariño, y, por su posición y excelentes cualidades morales, puede hacer feliz á cualquiera mujer. No te digo más." (Y dice bastante.) "Espero tu contestación." ¡Señor Esteban! (*Don Francisco sigue hablando con Bernardo y Juana.*) ¡Señor Esteban! (*Bernardo le llama la atención.*)

FRAN. ¡Ah, señora! (*Levantándose.*)

CAR. Yo lamento muchísimo.....

FRAN. Lo comprendo, sí, señora; no diga usted más. Me retiro ahora mismo. (*Medio mutis.*)

CAR. No es eso, por Dios..... Escúcheme usted. Digo que lamento muchísimo que antes me haya usted hablado de su fortuna, porque en la contestación que yo dé á mi tío, puedo parecer interesada.

- FRAN. ¿Cómo!..... ¿Luego usted?.....
- CAR. Yo soy viuda..... y joven.
- FRAN. El ideal, sí, señora; pero yo no soy artista ni abogado.....
- CAR. No importa. Merece usted el cariño del tío..... y de la sobrina.
- FRAN. ¿Es posible? ¡Tula de mi corazón! ¡Ay, usted perdón! Esa mujer me tenía trastornado; pero ahora prometo olvidarla para siempre.
- CAR. De eso me encargo yo.
- FRAN. Si el haberle yo hablado de mi dinero hiere en algo su natural delicadeza, eso no será un obstáculo para nuestra felicidad.....
- CAR. Comprenda usted que.....
- FRAN. Sí, señora; comprendo sus escrúpulos, pero todo se puede arreglar. ¿Yo le he dicho á usted antes que había realizado un capital de ochenta mil duros? ¡Bueno! ¡Pues no lo crea usted!
- CAR. Pero, ¡cómo! ¿No es cierto? (*Alarmada.*)
- FRAN. Sí, señora, por fortuna lo es; pero le queda á usted el recurso de no creerlo.
- CAR. [¡Ah!]
- FRAN. De ese modo, su resolución será completamente desinteresada.
- CAR. Eso deseo. [¡Qué susto me había dado!]
- FRAN. ¿Crea usted que en este momento me considero el hombre más feliz de la tierra!
- CAR. ¿Y decía usted que estas cosas no pasan más que en las comedias?
- FRAN. ¿Qué quiere usted? Hasta ahora estuve *chiflado*. En adelante voy á volverme loco de alegría.
- CAR. Juana, llévate eso al comedor. (*Vase Juana con el almuerzo por la primera izquierda. Bernardo la sigue con la vista.*) ¿Supongo que me acompañará usted?
- FRAN. Con muchísimo gusto.
- BERN. (¡Estaba de Dios que hoy había yo de quedarme sin riñones!)
- FRAN. ¡Ay, señora de mi alma! ¡Ay, Bernardo de mi cora-

zón! ¡Anímate, hombre, anímate! No pienses tanto en tu Lorenza.

BERN. Créa usted que en este momento no me acordaba más que de los riñones salteados. (*Vase muy triste por el foro.*)

CAR. ¿Vamos? (*Ofreciendo el brazo á don Francisco.*)

FRAN. A sus órdenes.

(*Al público.*)

Olvidado el otro amor  
les presento mi futura.  
Dirá algún espectador  
que esta es una *chifladura*  
de las de marca mayor.  
Pero, pase lo que pase,  
no es extraño que me case  
con mujer tan hechicera.  
¡*Chifladuras* de esta clase  
las puede tener cualquiera!

TELON

FAES

BIBLIOTECA

Universidad EAFIT



100064038

SALA DE PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villogas

UNIVERSIDAD

EXCELLENCE

Fundación Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD

EAFFII



---

Sala de Patrimonio Documental